

# “LA PIEDRA DE HACER SOPA”

Esto ocurrió, (o pudo muy bien ocurrir) en un pequeño pueblo en el que la gente guardaba una cierta distancia de su vecino, como si en algún momento de su historia hubiese pasado algo que les alejó a unos de otros, se acostumbraron a vivir cada uno en lo suyo, su bienestar, su familia, su puerta bien cerrada, y... como dice el refrán “cada uno en su casa y Dios en la de todos”. Pero claro, a Dios también le agrada ver a sus hijos juntos, compartiendo momentos...

En fin, que ésta era la situación cuando, un buen día, una mujer se llevó una gran sorpresa: llamó a su puerta un desconocido, correctamente vestido, que, en contraste con su buen aspecto indumentario, le pedía algo de comer.

Lo siento -dijo ella-, pero ahora mismo no tengo nada en casa. Entonces -dijo amablemente el extraño-, no se preocupe tengo una piedra de sopa en mi bolsa de viaje. Si usted me permitiera echarla en una olla de agua hirviendo es probable que usted probase la más exquisita sopa que jamás haya imaginado. Consiga una olla grande por favor.

A la mujer le picó la curiosidad, puso la olla al fuego y fue a contar el lo de la piedra de sopa a sus vecinas. Cuando el agua rompió a hervir, todo el vecindario ya se había reunido allí para ver a aquel extraño y qué es lo que hacía con su piedra para hacer sopa. El desconocido simplemente dejó caer la piedra en el agua, luego probó una cucharada con verdadera delectación y exclamó:

-¡Deliciosa! Pero creo que estaría mejor con unas cuantas papas.

- ¡¡Yo tengo algunas papas en mi cocina!, gritó una mujer.

Y en pocos minutos estaba de regreso con una gran fuente de papas peladas que fueron derechas al puchero. El extraño, pasados a penas unos minutos, volvió a probar el caldo: “¡Excelente! Si tuviéramos un poco de carne haríamos un cocido aún mas apetitoso.”

Otra ama de casa salió zumbando y regresó con un pedazo de carne y con un hueso de codillo que el extraño, aceptándolo cortésmente, introdujo en el caldero. Cuando volvió a probar puso los ojos en blanco y dijo: “- ¡Ah, que sabroso! Si tuviéramos unas

cuantas verduras más, sería perfecto, totalmente perfecto...”

Una de las vecinas fue corriendo hasta su casa y volvió con una cesta llena de cebollas y zanahorias. Después de echar las verduras a la olla, el hombre probó nuevamente la sopa y con tono autoritario dijo: “- La sal.” “-Aquí la tiene”, le dijo la dueña de casa. A continuación dio otra orden: “-¡¡Platos para todo el mundo!!”

La gente se apresuró a ir a sus casas en busca de platos. Algunos regresaron trayendo incluso pan y frutas. Luego se sentaron todos en el patio a disfrutar de la espléndida comida, mientras el desconocido repartía abundantes raciones de esa riquísima sopa. Todos se sentían extrañamente felices mientras reían, charlaban y compartían por primera vez una comida. En medio del alborozo, el extraño se escabulló silenciosamente, dejando tras de sí la milagrosa piedra de sopa, que ellos podrían usar siempre que quisieran...

Sería muy interesante que aquellos que acabáis de leer esta historia nos pudiésemos contar aquello que nos sugiere o parece decirnos veladamente... A veces en las mismas familias, en los vecindarios, barriadas, en los lugares de trabajo... vamos todos tan “concentrados” en lo nuestro, que se nos olvida que vivimos... ¡con otros!, y que la convivencia franca, sin doblez, con buen corazón, es de lo que más nos satisface, y nos puede llenar la vida de una inmensa alegría.

Quizás poniendo cada uno algo de nosotros mismos y de lo nuestro, podríamos disfrutar del sabor exquisito de la convivencia y hasta de la comunión entre personas. ¿Algo en tu interior te dice que también puedes ser, en alguna ocasión, el que ponga la “piedra de sopa”? Pues ¡adelante!

**FELIZ CURSO QUE COMIENZA.**

**Francisco Javier Sánchez Núñez**  
Vicario parroquial.